

Con la muerte en los talones

Alfred Hitchcock. EEUU. 1959. 136 min. Color. v.o.s.e.



FICHA TÉCNICA

Título original: *North by Northwest*.

Título español: *Con la muerte en los talones*.

País: EEUU. **Año de producción:** 1959.

Director y Productor: Alfred Hitchcock.

Guión: Ernest Lehman.

Producción: Metro Goldwyn Mayer.

Fotografía: Robert Burks.

Montaje: George Tomasini.

Ayte. de dirección: Robert Saunders.

Música: Bernard Hermann.

Sonido: Frank Milton.

Decorados: Robert Boyle, William A. Horning, Henry Grace, Frank McKelvey, Merril Pyle.

Técnico de color: Charles K. Hagedon.

Efectos especiales fotográficos: A. Arnold Gillespie, Lee L. Blanc.

Títulos de crédito: Saul Bass.

Intérpretes: Cary Grant, Eve Marie-Saint, James Mason, Jessie Royce Landis, Lee G. Carroll, Martin Landau, Philip Ober, Adam Williams, Josephine Hutchinson, Ned Glass.

Exteriores filmados en: Nueva York (Long Island), Chicago, Rapid City (Monte Rushmore), Dakota del Sur (National Memorial).

Duración: 136 min. v.o.s.e. Color.

SINOPSIS

Un ejecutivo del mundo de la publicidad, Roger O. Thornhill, es confundido a causa de un malentendido con un agente del gobierno llamado George Kaplan por una organización de espionaje. Secuestrado por tres individuos y llevado a una mansión en la que es interrogado, consigue huir antes de que le maten. Cuando al día siguiente regresa acompañado de la policía, no hay rastro de las personas que había descrito.

COMENTARIO

Las líneas oblicuas y verticales que, sobre fondo verde, "enrejan" los títulos de crédito antes de fundir sobre la fachada de un edificio comercial neoyorkino, dan ya la idea del movimiento continuo y laberíntico que va a presidir el film; los coches distorsionados al reflejarse en los cristales de las ventanas advierten que la percepción nunca va a ser directa, sino mediatizada por un cuerpo -un personaje, Roger Thornhill-. Después de estos dos avisos, ideados por Saul Bass y potenciados por una inquietante obertura musical de Bernard Hermann, *Con la muerte en los talones* se abre con una situación muy hitchcockiana: un equívoco de identidad; un "hombre equivocado" que es violentamente extraído de su realidad cotidiana. En contraste con el severo ejercicio de *Falso culpable* (*The Wrong Man*, 1957), el equívoco se presenta rodeado por un artificio de comedia brillante. Roger Thornhill es un ejecutivo publicitario, divorciado dos veces y aficionado a la bebida; se le conoce dictando a su secretaria en el ascensor y por el vestíbulo del edificio comercial, haciendo bromas sobre su aumento de peso y robándole el taxi a un usuario. El sentido del equívoco es también inverso: en *Falso culpable*, Balestrero es confundido con un atracador real; en *Con la muerte en los talones*, Roger Thornhill es confundido con un personaje inexistente, con una ficción del servicio de contraespionaje americano. Hitchcock, en esta ocasión, llevó hasta el extremo su desdén hacia lo verosímil, estructurando su ficción alrededor de una multiforme, ramificada y compleja broma, como si Hitchcock hubiera quedado saturado de Realidad y de Verosímil dos años antes con su austera *Falso culpable* y realizará *Con la muerte en los talones* con el fin de mostrar los frágiles límites entre ficción y realidad, entre verosímil e inverosímil; como si, después de subordinar su universo ficcional al Verosímil, quisiera resarcirse subordinando éste a aquel, construyendo un verosímil distinto al comúnmente entendido (y aceptado como tal).



La película está totalmente centrada en el personaje de Roger Thornhill, pero el espectador conocerá las piezas del "puzzle" que éste desconoce; de este modo, el mecanismo de la identificación siempre buscada por Hitchcock se complementa con el absurdo -agudizado por tratarse de un equívoco montado en torno a una persona que no existe- y se agiliza por el "suspense" que todo ello origina, de cuyas formas y métodos el film es un completo muestrario, concentrado bajo el rostro mutante del azar. ¿Azar? Veamos: Hitchcock aparece al final de los títulos de crédito: es el hombre al que le cierran las puertas del autobús y se queda en tierra. Inmediatamente, Roger y su secretaria dejan en tierra a otro hombre -un desconocido- cogiendo el taxi al que éste se disponía a subir. El prólogo nos insinúa que perder un vehículo o tomarlo puede ser el resorte oculto que dispara la ficción; si Roger hubiera esperado otro taxi, posiblemente la situación -el equívoco no se hubiese producido- Pero como en *Los pájaros* (*The Birds*, 1963), el azar varía el curso de los acontecimientos [En *Los pájaros* el ejemplo es todavía más notable, porque cuando la gaviota ataca a Melania Daniels (Tippi Hedren), la película tiene ya un espesor que evidentemente, *Con la muerte en los talones* no ha alcanzado aún]. Y Roger coge su taxi, habla con sus clientes en el Hotel Plaza y se levanta y habla también con el botones en el preciso instante en que éste vocea el nombre de George Kaplan. A partir de este momento, decidida la ruta del equívoco, todo puede sucederle.

La llegada a la mansión de Townsend aclara nuevos puntos: Roger mira al exterior desde el interior del automóvil en el que va como pri-

sionero: contraplanos subjetivos de la casa y el jardín, que suponen el descubrimiento de la posibilidad de un mundo nuevo, extraño (recordar los movimientos de cámara similares y equivalentes en *Topaz*, 1969 a la llegada de la familia Kusenov a Washington). Se trata de un mundo de ficción -absurdo, humorístico, peligroso, mágico, subversivo, estilizado: esto es, hitchcockiano-, en el que nada es lo que aparenta ni nadie quien parece ser. De repente, de un golpe, en un cambio de secuencia y en un travelling subjetivo, el mundo "de la cordura" (cotidiano de Roger) ha sido devorado por el mundo extraño del absurdo. El interrogatorio de Roger por Vandamm en la biblioteca de la casa está tratado con un extraordinario sentido del humor: ni Roger es el Kaplan que Vandamm cree, ni tampoco Vandamm es el Townsend que Roger imagina: un diálogo entre dos hombres en el que cada cual representa la ficción del otro y que Hitchcock prologa con unas divertidas panorámicas subjetivas de Roger y Vandamm estudiándose, mirándose, analizándose... Pero Roger Thornhill (y con él el espectador) sabe que existe un peligro real: la fría presencia de Leonard, hombre de confianza de Vandamm, y la mirada de éste (genial James Mason) son más inquietantes que cualquier amenaza verbal. Thornhill ya está atrapado por el vertiginoso laberinto hitchcockiano y, desde su primer encuentro con Vandamm, su movimiento será continuo, a la vez perseguidor (del ficticio Kaplan) y perseguido (primero por Vandamm y los suyos, más tarde por éstos y la policía). Con la muerte en los talones es un precioso juguete de cuerda, repleto de sorpresas, inagotable, cuyo mecanismo se conecta en la secuencia del primer atentado contra Roger, en un vehículo lan-

zado hacia un acantilado, al borde de la carretera; peligro del que saldrá airoso mediante una carrera directamente importada de *Atrapa a un ladrón* (*To Catch a Thief*, 1955), resuelta con un montaje de planos cortos, crispados, que, a pesar del aparente desenfado de su tratamiento, no excluyen la posibilidad del accidente mortal. De aquí, le esperan a Roger una noche en una comisaría, el retorno a la residencia Townsend y al Hotel Plaza (donde será amenazado otra vez), un asesinato en las Naciones Unidas (del que será acusado), una persecución policial en la Estación Central y en el tren siglo XX, una carretera poco frecuentada de Chicago donde será perseguido por una avioneta, una sala de subastas en la que, ante la nueva amenaza de muerte, se verá obligado a armar un alboroto para ser detenido por la policía, un inesperado viaje en avión desde el aeropuerto de Chicago... tendrá que fingir morir, será golpeado, encerrado, huirá por una ventana, escalará las paredes del albergue de Vandamm, huirá por los rostros de los presidentes norteamericanos tallados en la piedra del monte Rushmore (y aquí es donde, suspendido con Eve sobre el abismo, Hitchcock le hará decir una frase autoparódica: "mis esposas se divorciaron porque decían que conmigo llevaban una vida aburrida")... Ningún personaje del cine de Hitchcock, anterior o posterior, ha "disfrutado" de tal movilidad, ha "sufrido" mayores aventuras, se ha visto arrojado a un carrusel tan emocionante y tan divertido (ni siquiera el Richard Hanney -Robert Donat- de *Thirty-Nine Steeps* -39 escalones, 1935- o el Johnny Jones -Joel McCrea- de *Foreign Correspondent* -Enviado especial, 1940-, que constituyen los ilustres antecedentes más inmediatos de *Con la muerte en los talones*) El ritmo vertiginoso no decrece ni en los pocos momentos en los que Roger Thornhill parece detenerse: el viaje en el expreso Siglo XX y su relación con Eve (tendrá que burlar tres veces a la policía y será puesto finalmente en manos de Vandamm), pues incluso la escena amorosa está realizada con los personajes en movimiento (...)

Extracto estudio de José María Latorre en *Dirigido por nº 83*, mayo, 1981